



distrito 2,  
manzana 42



Plaza de  
la Cruz



# El equipo



**MALENA CORTIZO , DIRECTORA**  
“Cuando te pones a mirarla bien, la cruz no es tan siniestra”



**PAULA DALLA FONTANA, DISEÑADORA**  
“Es una mezcla de diferentes realidades que chocan pero conviven”



**JAVIER AZAGRA**  
“Para mí la Plaza de la Cruz es un lugar no tan de paso”



**NAIARA SAN MARTÍN**

“La Plaza esta infravalorada. Cuando la conoces la aprecias”



**JORGE FERNÁNDEZ**

“La Plaza es un cuadrado con falta de bares”



**BLANCA CAMACHO**

“El alma de la plaza se encuentran en aquellos que la han visto crecer”



**RAFAEL SALAS**

“Ni conocía la plaza, pero se ha vuelto de mis lugares favoritos de la ciudad”



**REYES HUETE**

“No juzgues a un libro por su portada. Los pamploneses necesitan darle una segunda oportunidad a esta plaza”

# Carta de la directora

Es un lugar que no existe. La Plaza de la Cruz no tiene nombre oficial. Cuando en 1941 se colocó ahí la estatua de Constantino Manzana, los pamploneses la bautizaron. A falta de una placa o un cartel, son los ciudadanos quienes dan nombre a la mancha de verdor entre las calles Sangüesa, Navarro Villoslada, Francisco Bergamín y San Fermín.

Cuando empezamos a trabajar en este suplemento, ninguno de nosotros se había detenido en el lugar. Algunos ni sabían dónde se encontraba. Los que sí la conocían, tendían a evitarla. La primera vez que fuimos en busca de historias, nos quedamos perplejos al ver solo seis mil metros cuadrados de acera gris cubiertos por tantas ramas que apenas se veía el cielo. Unos ojos severos nos vigilaban. La cruz observa todo el día como la rodean: paseantes, bicicletas, autobuses, coches. Eramos de los pocos en estar ahí parados entre los árboles.

No tardamos en descubrir que lo más interesante no era la plaza, sino todo lo que hay alrededor. Quienes tienen los negocios, rezan en la iglesia o estudian en el instituto. Porque eso es lo que convierte la plaza en Plaza de la Cruz. No los edificios que la rodean ni el pavimento gris. Ni siquiera la estatua central. Sino los vagabundos, los vecinos sentados en los bancos, los 13 sacerdotes y los feligreses, los 1086 alumnos y 133 profesores.

Cuando nos preguntamos cuál sería la esencia de la Plaza de la Cruz, lo primero que pensamos fue «la gente». Como muchos otros lugares del mundo. Pero resumir la Plaza de la Cruz a simplemente «la gente» sería simplista. En un banco, se sientan madres con carritos mientras los niños juegan en el parque infantil. En el de al lado, tres adolescentes con mochilas amontonadas a sus pies comparten cigarrillos y caramelos. Un grupo de vagabundos abre las primeras latas de cerveza del día mientras los observan tres ancianos con andadores y su cuidadora latina. Estudiantes salen de la librería y entran al local de al lado: un BM que antes era cine parroquial. Todos estos personajes, por muy diferentes que sean, se vierten en la plaza y hacen que todavía resuene su nombre.

*Malena Cortizo A.*

## Sumario

**4 ¿QUÉ HAY EN LA PLAZA DE LA CRUZ?**

**6 INSTITUTO**

**10 COMERCIOS**

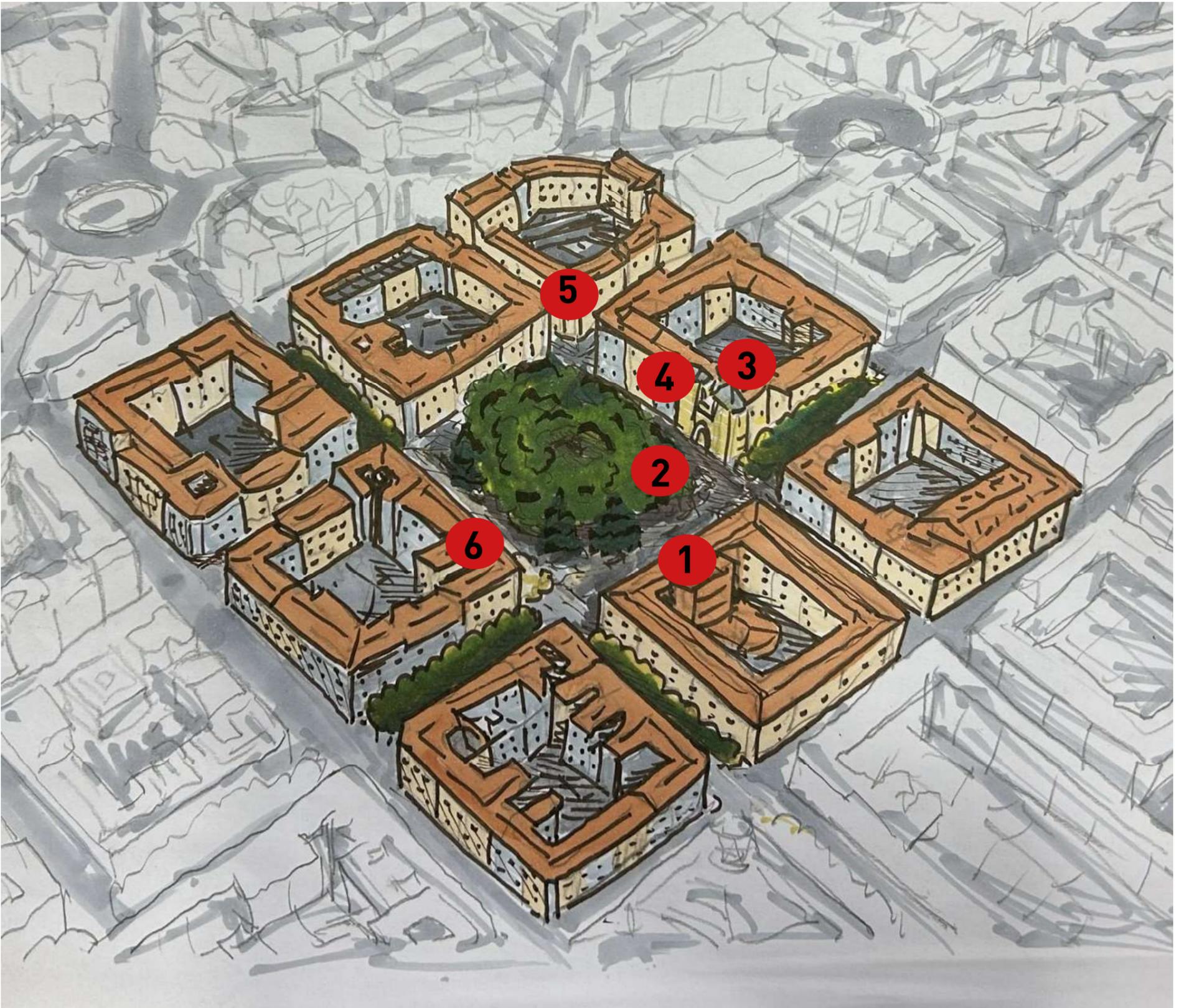
**13 IGLESIA**

**17 VECINOS**

**22 FUTURO**

# ¿Qué hay en la Plaza de la Cruz?

Seis puntos clave que protagonizan los reportajes



1. Instituto Plaza de la Cruz
2. Banco de Mikel Ostariz y José María Arnaiz
3. Iglesia San Miguel
4. BM y antiguo Cine Mikael
5. Farmacia Óptica Amilvia
6. Clínica Montes

133 PROFESORES

1 PARKING DE BICICLETAS

1 AGENCIA DE VIAJES

6 PORTALES

1 LIBRERÍA

1086 ALUMNOS

1 IGLESIA

1 ESTANQUE

44 BANCOS

1 PARADA DE VILLAVESA

87 FAROLAS

2 TIENDAS DE ROPA

364 VOTOS AL PP

1 SUPERMERCADO

1 CRUZ

2 COMPRO ORO

47 ÁRBOLES

1 PARQUE DE JUEGOS

2 DENTISTAS

1 FUENTE

1 INSTITUTO

1 BAÑO PÚBLICO

19 COMERCIOS

2 KIOSKOS DE ONCE

274 VOTOS AL PSOE

1 PUNTO DE CONTENEDORES

2 FRUTERÍAS

2 DESPACHOS DE ABOGADOS

# Pionero y superviviente

El 17 de noviembre de 1845 se abrieron por primera vez las puertas del Instituto Oficial de Segunda Enseñanza, el primero de Navarra. Ahora, es el Instituto de Enseñanza Secundaria Plaza de la Cruz. En sus 178 años de vida, ha experimentado varios cambios al compás del tiempo y del contexto político y social que le rodeaba: su cambio de nombre, la primera alumna en estudiar, las primeras profesoras y directora del centro, la separación por sexos y luego la fusión, la creación del taller de teatro y la caída del muro

NAIARA SAN MARTÍN Y JAVIER AZAGRA

El motivo por el que se fundó no fue una simple casualidad. De hecho, resultó ser una medida ante la Ley Moyano que obligaba a crear al menos un instituto de segunda enseñanza en cada capital de provincia, siendo el de Pamplona el número trece en España. Estrenaron así el centro 147 alumnos varones y siete profesores.

El instituto también funcionó como una de las bibliotecas más relevantes de Navarra. Ahora, a pesar de las mudanzas y transformaciones, sigue cumpliendo un papel fundamental en el instituto. Ester Pérez, actual profesora de Matemáticas y tutora de 4º de la ESO cuenta que la biblioteca es

“preciosa”. Sigue: “Cuando vienen los alumnos que van a estudiar el año que viene, siempre se les dice la broma de que ahí se grabó Harry Potter”.

## Primeras alumnas, primeras profesoras

En 1908, Isabel Romero San Juan se matriculó de manera oficial. No era una alumna cualquiera: era la primera mujer en estudiar en el centro. Por tanto, no la trataban como una más. Durante los descansos, no se podía juntar con sus compañeros varones y tenía que pasear por los pasillos sola y por galerías separadas. Su deber en clase era estar sentada al lado del profesor.

Cuando ya asistieron cinco mujeres a la escuela, se les colocó un banco en la parte delantera del aula, separándolas del resto. En Educación Física, se situaban en la parte final de la clase. Otra fecha para apuntar es 1927, año en el que se suman a la plantilla las dos primeras profesoras: Concepción Zuasti (Química) y Concepción de Diego (Mecanografía). 48 años más tarde, Inés Martín, catedrática de Francés, se convirtió en la primera mujer en desempeñar la función de directora en el instituto.

El Instituto Oficial de Segunda Enseñanza no fue solo un pionero, sino también un superviviente.

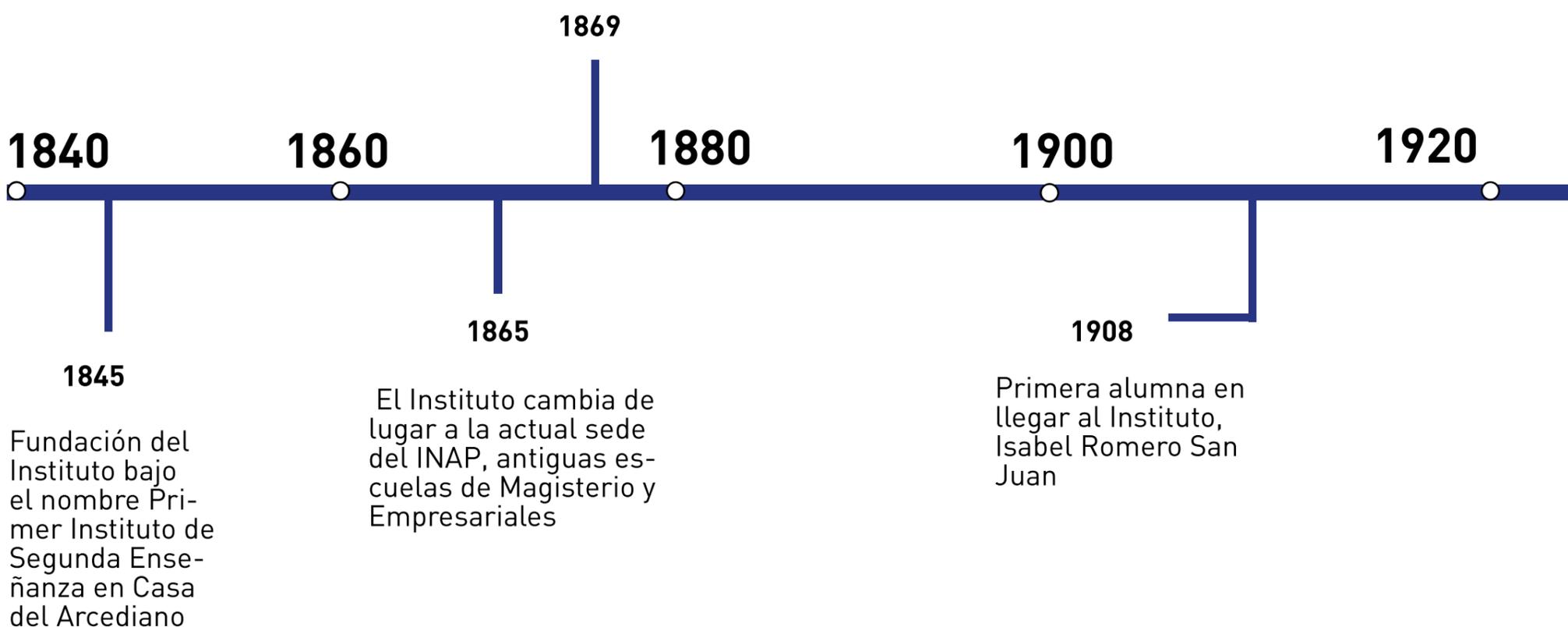
Tras la guerra civil española, no se cerró, como sí pasó con los de Tafalla y Tudela. Es verdad que cinco profesores, entonces la mitad de la plantilla, sufrieron la depuración franquista y les sancionaron con la baja. Además, en 1939, se estableció la división de sexos en los centros, lo que llevó a la separación del instituto en dos: Ximénez de Rada, el masculino, y Príncipe de Viana, el femenino. Ahora, son los nombres de las dos salas de profesores: uno de los vestigios de la antigua división.

Otro de ellos son las rejas que crean una frontera en el patio. Antes, eran un muro. El edificio que se conoce hoy y que se encuentra

en la Plaza de la Cruz en Segundo Ensanche Pamplona se creó en 1944. Se dividió en dos simétricamente por una muralla para albergar ambos institutos. Ocupa una manzana completa entre las calles Bergamín, Sangüesa, San Fermín y Tafalla..

Guillermo Herrero fue profesor de Historia, Jefe de Estudios y Director del Plaza de la Cruz. Entró en 1977. 44 años de vida ha compartido entre las paredes de ese edificio creado en 1944. Cuando pasea por los pasillos lo reconocen todos los profesores y no dudan en saludarlo: “Estoy ya jubilado, pero todavía me encuentro muy vinculado y respetado, iba

Creación de la biblioteca del Instituto



a decir hasta querido, pero yo le quiero más al instituto”, asume Guillermo. Sin embargo cuenta que su inicio no fue el esperado: “En el primer claustro al que asistí cometí un error. Cuando llegas a un sitio nuevo, lo único que tienes que hacer es ver, oír y callar, pero estaban debatiendo sobre si hacían mixtos los institutos o no, y tomé la palabra para decir que estaba a favor. Entonces, me respondieron que la condenación de los alumnos iba a recaer sobre mi conciencia. Cuando llegué a casa le dije a mi mujer iba a pedir el traslado, aunque al final me quedé”.

**El “nocturno”**

En la década de los setenta y al empezar Guillermo como director, el centro se diversificó y, poco a poco, los cambios se hicieron más visibles. La llegada del turno nocturno en 1971 abrió las puertas a jóvenes de clase media que trabajaban y que en su día no pudieron hacer Bachillerato.

Olatz Lazkoz, actual estudiante en el IES Plaza de la Cruz, acude cada semana al turno noctur-

no, pues recalca que ese horario se adapta de forma perfecta a sus necesidades: “Me matriculé en el nocturno porque en el diurno, lamentablemente, me quedaron dos asignaturas pendientes y para estudiar lo que quiero en un futuro necesito el título de Bachillerato limpio. De todas las alternativas que tenía en mente esa era la mejor. Además, me ayudó la propia orientadora del centro y me lo recomendó”.

Además de ver pasar por sus puertas a alumnos de clases más bajas, el auge de la inmigración hizo que el centro se convirtiera en multicultural. Las influencias franquistas cada vez eran menos y empezaron a aparecer pintadas de carácter político en las puertas de los servicios, la distribución de panfletos del mismo tipo entre el alumno y la exposición de recortes de prensa pinchados en los tabloneros de las aulas y pasillos.

**Protestas estudiantiles, huelgas...**

Guillermo Herrero comenta que en su tiempo, había una enorme

efervescencia social y política tanto en la ciudad como en el propio instituto: “Los alumnos pertenecían a la Joven Guardia Roja, Juventudes Comunistas, Socialistas, Nacionalistas... Hubo una tensión grande. Incluso tuvo que entrar la policía para poner orden”. Un carácter reivindicativo que sigue vigente hoy.

Iñaki García, graduado en 2021, explica que son comunes las huelgas o protestas ante actitudes racistas o machistas: “Las montaban los propios alumnos, no venía una persona y te decía hoy es, no, los alumnos, veían que igual trataban mal a un compañero tuyo por ser indio y al día siguiente, pues toda la clase, no iba a clase”. El espíritu de protesta no se quedó congelado en los tiempos de los alumnos rebeldes que querían ver caer el muro.

De hecho, hasta en 1977 intentaron acabar con el muro. “Chicos y chicas se miraban por las ventanas, gritaban, se asomaban por arribar e incluso intentaron arrancar los ladrillos”, relata Guillermo. Como

consecuencia, no duraron en castigar a los partícipes de la caída del muro, hasta sancionaron a una clase completa por una semana.

**Muro real, muro simbólico, muro derribado**

Esa rebeldía podía coger varias formas. Años antes de que la fusión entre ambos institutos fuera una realidad, el taller de teatro unió lo que el centro mismo separaba. En 1980, un grupo de alumnas del Príncipe Viana pidieron a la profesora de Literatura, María José Goyache, que les ayudara a representar La casa de Bernarda Alba. Kiko Alba, director del taller desde el curso 2011/2012, comenta cómo nació esa fusión: “Para no tener que utilizar a alumnas haciendo de personajes masculinos, invitaron a estudiantes del Ximénez de Rada, empezando así el nexo. Y, aunque en las clases seguían separados, se reencontraban en el taller”.

A Fernando Burgui, exalumno, le tocó vivir en 1984 los primeros momentos en los que las chicas llegaban a las aulas del Ximénez

de Rada: “Las clases con solo chicos eran mucho más embrutecidas, pero mucho, mucho más. Daba pie a que se dieran más situaciones de acoso, que entonces no teníamos conciencia de ello. Cuando llegaron las primeras chicas, suavizaron bastante todo ese nivel de testosterona”, recuerda. Sin embargo, antes de que aparecieran las primeras alumnas, la Plaza de la Cruz ya les iba mezclando: “El muro que separaba el instituto era muy simbólico y al patio ni salíamos. Es por eso por lo que íbamos a la Plaza de la Cruz, para encontrarnos con todo el mundo”, expresa Fernando Burgui.

Esther, profesora de matemáticas en secundaria, comenta la situación actual en los recreos: “En este centro ya desde 3º de la ESO hasta los mayores salen a la plaza en el tiempo de recreo. Acuden a los comercios de la zona que saben que en esa media hora van a tener a los chavales”. Esther dice que durante el curso escolar, son los estudiantes del instituto los dueños de la plaza. Sin embargo, para los docentes no es igual, según Esther,

Primeras profesoras mujeres: Concepción Zuasti (Química) y Concepción de Diego (Mecanografía)

Separación instituto femenino y masculino. Traslado de las chicas a la Plaza del Vínculo

Creación del turno nocturno de estudios

Ambos institutos comienzan a ser mixtos

1927

1940

1939

1960

1971

1980

1984

2000

1944

1995

Construcción del edificio actual en la Plaza de la Cruz dividido simétricamente en dos (hombres y mujeres)



Edificio actual del Instituto de la Plaza de la Cruz. Foto: archivo del Instituto

Fusión de ambos institutos y caída del muro que los separaba



Muro derrumbado. Foto: archivo del Instituto



Iñaki García y Teresa Burgui en la biblioteca del instituto. Foto: Malena Cortizo



Instituto Plaza de la Cruz hoy. Foto: Malena Cortizo

**“Está todo igual”, confiesa perpleja. En Iñaki, el instituto dejó una huella imborrable: “Aquí he pasado los mejores días de mi vida”**

Iñaki García y Teresa Burgui



ellos casi no pisan la plaza, sí que van a algunas cafeterías, aunque tratan de no encontrarse con alumnos en ellas.

En 1995, ambos institutos terminaron por fusionarse. Ya eran los dos mixtos y no tenía mucho sentido que en un mismo edificio hubiera dos centros con las mismas condiciones. Entonces, el Departamento de Educación propuso la unión. Guillermo en ese entonces era el director del Ximénez de Rada. Y, con la anexión, se convirtió en el primer director del instituto que tomó el nombre de Plaza de la Cruz: “No nos poníamos de acuerdo en el nombre. Unos querían que fuera Ximénez de Rada, otros que Príncipe de Viana y algunos proponían nombres exóticos. Entonces, los dos claustros nos preguntamos cómo se conocían estos institutos. Era evidente: los de la Plaza de la Cruz”, explica el ex director.

Esa nueva realidad en el IES Plaza de la Cruz se vivió con total normalidad y como obra física solo se tuvo que derrumbar el muro. “Yo tuve que tirar el muro. El problema de la fusión nunca fue por los alumnos o alumnas, ni por los padres. Eran cosas de profesores que se resistían a juntarse”, explica Guillermo. Un cambio que significó el inicio de un nuevo periodo en la larga vida del centro, dando paso a miles de estudiantes y profesores, como Iñaki García o Ester Pérez.

#### Vuelta al cole

Iñaki García y Teresa Burgui pasearon juntos por los pasillos del que fue su instituto. Se sentaron en los bancos, recorrieron el patio y se sumergieron en la biblioteca buscando libros. Pero no coincidieron. Teresa hacía 42 años que no pisaba el edificio e Iñaki cursó de 2019 a 2021. Ambos volvían a reencontrarse con todos los recuerdos que guardaban sobre el Instituto de la Plaza de la Cruz.

Para Teresa, el simple hecho de pasar por la puerta principal ya era una novedad: “Por aquí solo entraban en las grandes ocasiones, cuando había algún acto. Yo nunca fui por aquí, daba como pánico”. En cambio, Iñaki explica que, para él, ir por esa puerta es lo más normal: “Por aquí pasábamos siempre, cuando llegabas tarde, tenías que tocar el timbre y justificar porqué, sino, te quedabas fuera”.

Sin embargo, para la ex alumna fue cruzar las puertas y volver al pasado: “Está todo igual”, confiesa perpleja. En Iñaki, el instituto dejó una huella imborrable: “Aquí he pasado los mejores días de mi vida”. Esto no es un instituto al uso, tiene un propio museo, una placa donde pone que los reyes han estado, un teatro con, igual, 750 personas de capacidad...”

La salida al recreo para Teresa fue reveladora: “Es la primera vez que veo el patio sin el muro. El edificio estaba separado por él y su caída fue tan famosa en Pamplona como la caída del muro de Berlín”. Iñaki

no cabía en su asombro al escuchar las palabras de Teresa, “¿cómo que había un muro?” Preguntaba, nunca había oído sobre su existencia.

Teresa recuerda al gimnasio como “una cámara de tortura”. “¿Sigue habiendo el potro y las paralelas?”, le preguntó al joven, que asintió con una sonrisa. La realidad de Iñaki era otra y tenía presente el gimnasio con más cariño: “Ahí ensayábamos las actuaciones, aunque sí es verdad que una profesora nos entrenaba como si fuéramos a las Olimpiadas”.

Iñaki estudió el Bachillerato de Artes Escénicas. El centro tiene gran fama en esta especialidad y muchos alumnos eligen esta escuela aunque no les corresponda por cercanía a. Ejemplo de ello es Iñaki: de Barañáin, estudiando toda la vida en el colegio concertado Santa Luisa de Marillac, da un giro radical para estudiar el “artístico” en un instituto público. Teresa, al escuchar las palabras de Iñaki, no pudo evitar compararlo con el plan de estudios de su época: “Creo que un centro cuando es artístico en vez de convencional, cambia mucho. En ese sentido seguramente el ambiente sea mucho más abierto y que la sensibilidad del profesorado es diferente respecto a un instituto al uso”.

“Era como el salto a la edad adulta. Entrábamos con 14 años y era como que ya te habías hecho grande. Vivíamos una liberación, pensando que ya no teníamos tanto

control de los padres y empezábamos a reivindicarnos”, aclara Teresa. Iñaki destaca la calidad ofrecida por el centro como un factor esencial en su madurez. “Es como la primera educación pública que había tenido y noté mucha diferencia a mejor. Me gustó mucho”.

#### Años de control, años de libertad

Dentro de esa libertad, entran los tiempos de recreo, donde la plaza es clave. “La Plaza de la Cruz es el patio de los estudiantes, los mayores salíamos ahí en los descansos, ibas al Itziar, al BM, te sentabas en los bancos de la plaza...” recuerda Iñaki. Es en definitiva un recreo a escasos metros del centro de Pamplona, con las posibilidades (y peligros) que eso ofrece. Teresa no tuvo la misma experiencia: “Nosotras estábamos prácticamente encerradas en el instituto, no se salía para nada. Como mucho estábamos por los pasillos, pero esto estaba encerrado a cal y canto”.

Para Iñaki y sus compañeros, la libertad a veces llegaba muy lejos: “Nos escapábamos e íbamos hasta la Plaza del Castillo, nadie nos decía nada, nadie te preguntaba a dónde ibas”. En la mente de Teresa pensar en poder escaparse, aunque fuera por cinco minutos, le resultaba imposible: “En mi época el instituto tenía fama de ser muy exigente, estricto y con nivel. Queríamos irnos a estudiar al Navarro Villoslada porque eran mucho más abiertos”.

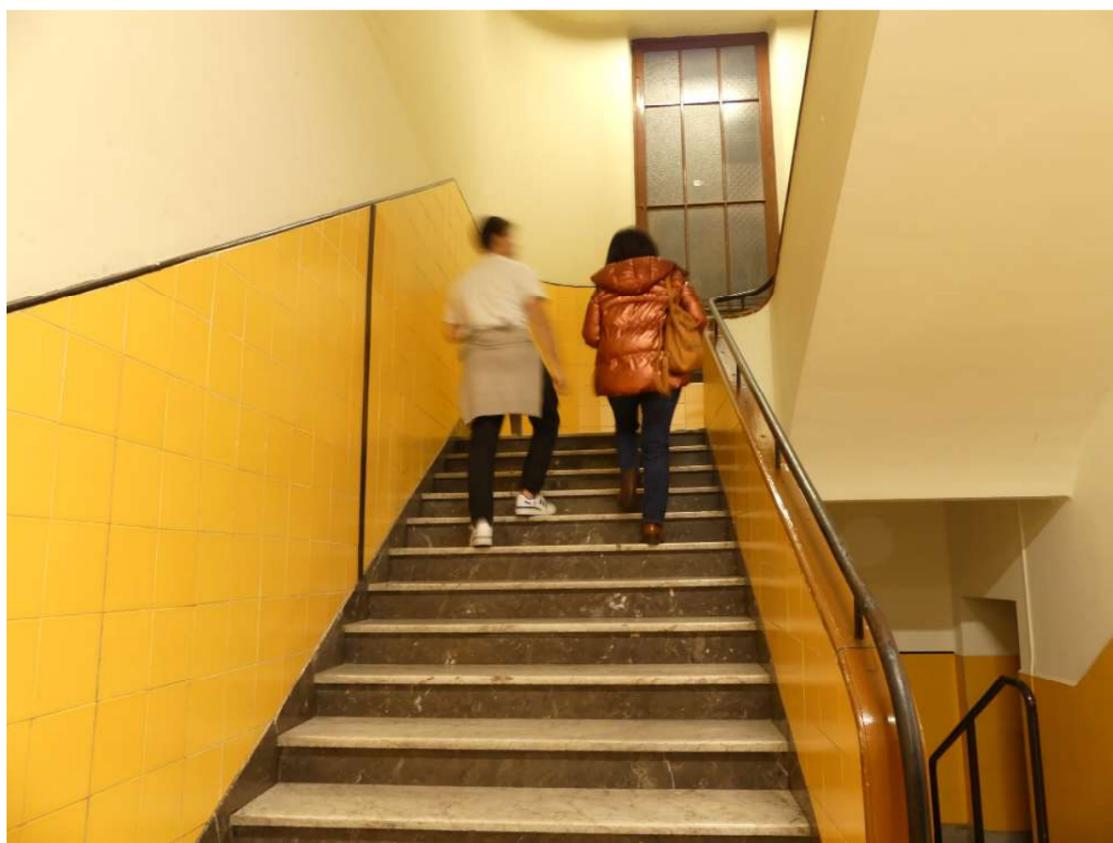
Retomando esa libertad de la que hablaba Iñaki, la cantidad de alumnos es, en parte, causante de ella. 1050 alumnos son con los que cuenta el centro. Iñaki cuenta que en su curso, las clases iban desde la A a la I, y la distribución por orden alfabético de los primeros

días dejaban curiosas anécdotas: “En mi clase había nueve Garcías el primer día”. Tal número de alumnos obliga al centro a brindarles autonomía a los alumnos. Pero esto no significa que la calidad de las clases del centro no sea la adecuada. “Que aquí te lo pasas muy bien, pero también eran muy estrictos, por ejemplo, en artístico los profesores eran buenos porque la mayoría se dedicaba al mundo del arte y te ponían caldo cuando no lo hacías bien, y esto hace que salgas siendo el mejor”.

El mastodóntico edificio ha albergado tras sus puertas a más de 13.000 estudiantes. Teresa e Iñaki han estudiado en el mismo colegio, pero sus vivencias en él son muy distintas. A pesar de las diferencias en sus experiencias, los dos comparten el legado de un centro educativo que ha sido testigo y protagonista del cambio de su entorno.

Lejos quedan el Ximénez de Rada y el Príncipe de Viana. Pero la historia del instituto refleja una lucha constante por la igualdad, desde los primeros pasos de la integración de mujeres en un mundo predominantemente masculino hasta la fusión que derribó el muro simbólico que separaba dos realidades dentro del mismo edificio. Durante la visita, Iñaki descubrió la existencia de la pared que antes separaba a su instituto y Teresa entró como si nada por la puerta principal que siempre reservaba para las grandes ocasiones.

Sus recuerdos se entrelazan y juntos, escriben un poco de la historia de una institución pamplonesa. Mientras tanto, el instituto permanece firme, siendo un espejo de la plaza que lo alberga.



Iñaki García y Teresa Burgui subiendo las escaleras del Instituto. Foto: Malena Cortizo



Aula del Instituto masculino en 1969. Foto: archivo del Instituto



Pasillo del instituto. Foto: Malena Cortizo

# De los 16 milímetros a las bolsas de plástico

Un recorrido histórico por los comercios de la Plaza de la Cruz. Alberto Cañada le devuelve la vida al emblemático Cine Mikael y Mahmed corona la Frutería Gorosti Txiki como la más nueva de la manzana. Fernando Satruste y Emilio Julián abren las puertas de su librería a un universo de palabras y Asunción Nuin explica como lo que la gente compra en su farmacia refleja la realidad de la Plaza

PAULA DALLA FONTANA

En la juventud de la Plaza de la Cruz los comercios eran otros. La voz popular indica que existió un centro de reparación de neumáticos, una lechería, una herboristería y un cine, entre otros. En 1969, sobre la calle Bergamín 17 y enfrente al pulmón del segundo ensanche, se instaló el Cine Mikael. La fachada de piedra gris proyectó historias durante dieciséis años, en los que ocupó la mayor parte de la planta baja del edificio de residencia parroquial de la Iglesia San Miguel, ubicada a su lado. Bajo el mando del empresario Carmelo Echavarren —dueño de otros dos cines de la época: Aitor y Eslava— esta sala competía con un monopolio de proyección impuesto por la Sociedad Anónima Inmobiliaria de Espectáculos (SAIDE), la cual manejaba nueve cines de los doce

había en la ciudad. Alberto Cañada, autor de Cines de Pamplona, destaca el éxito de la sala en el ámbito filmico pamplonés. Definitivamente, el cine Mikael caló su lugar a pesar de la gran influencia de la SAIDE, lo cual facilitaba que la cadena consiguiera películas.

—Echavarren tuvo la suerte de programar varias películas que la SAIDE había dejado afuera. Una de ellas fue No desearás al vecino del quinto, dirigida por Tito Fernández; un éxito terrible. La película fue la más taquillera del cine español durante muchos años. Con eso, probablemente, Echavarren pudo pagar muchas deudas — afirma Cañada.

Pero el cine no estuvo siempre ubicado en ese emblemático edificio,



**—Todas las películas que se proyectaban en el salón eran toleradas— explica Cañada, resaltando la influencia de la asociación sobre la selección de cintas, las que estaban salpicadas con ideales morales aceptados por la Iglesia.**

sino que sus inicios se construyeron a la vuelta de la esquina. La calle Navarro Villoslada le brindó un espacio. Adoptando el mismo nombre que la parroquia, San Miguel, las proyecciones comenzaron en forma de cine parroquial. Y aunque posteriormente el mando haya sido adoptado por Echavarren, el poder siempre estuvo en manos de ambos: la Iglesia y el empresario. Se trataba de un salón parroquial provisorio de cara a la construcción del templo.

El 14 de noviembre de 1954, el salón se bendijo e inauguró. El 2 de octubre de 1955, fue la primera función registrada del naciente cine San Miguel. Luego del traslado de la parroquia a la Calle Bergamín, este salón parroquial siguió siendo la sede de las funciones de cine. Se proyectaba los domingos

y festivos a las 15:00, 17:00 y 19:00 horas. En estos inicios lejanos, y ante la ausencia de una persona al mando, la gestión del cine dependía de la Agrupación Diocesana de Cines Parroquiales.

—Todas las películas que se proyectaban en el salón eran toleradas— explica Cañada, resaltando la influencia de la asociación sobre la selección de cintas, las que estaban salpicadas con ideales morales aceptados por la Iglesia.

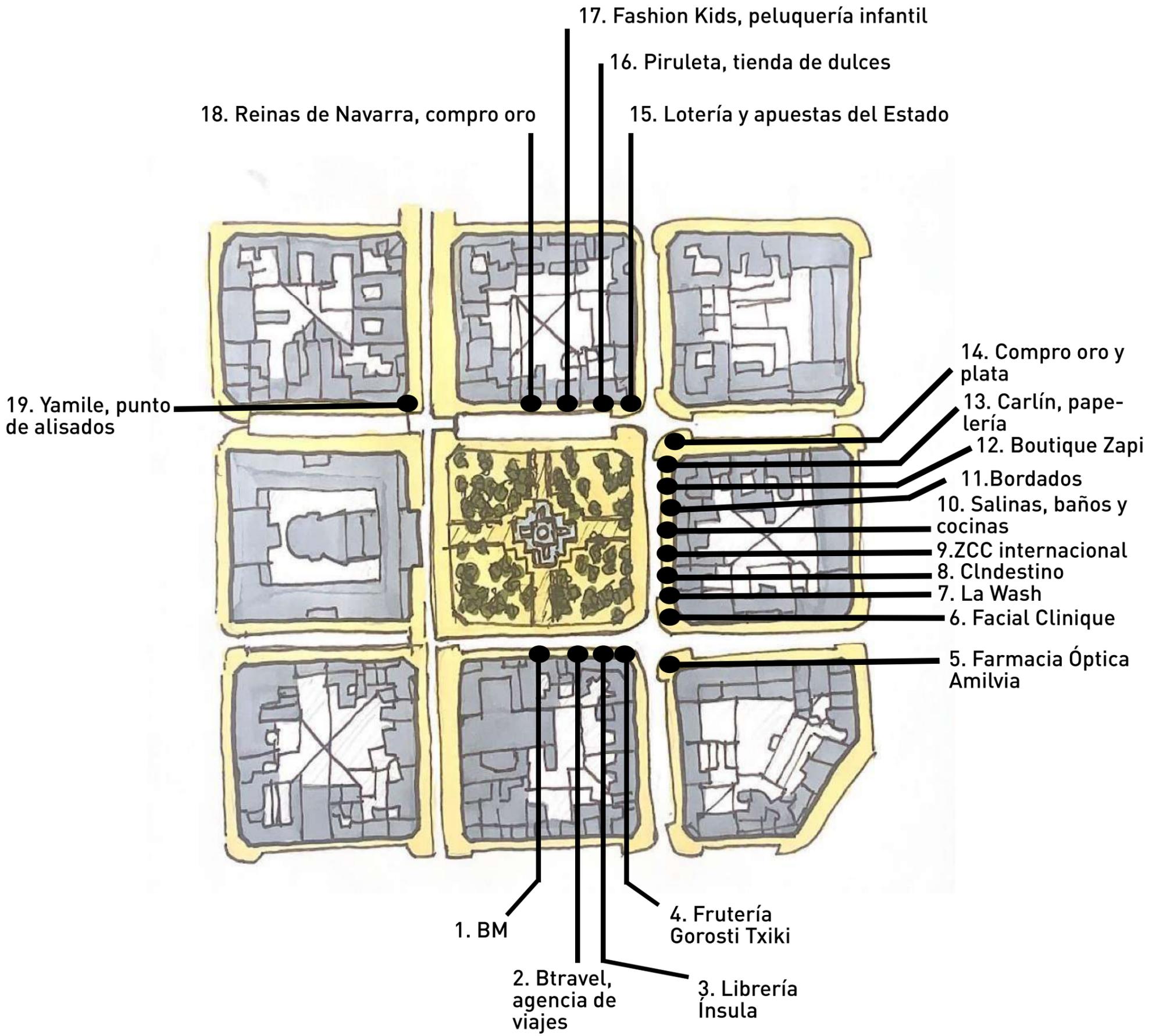
Algunos títulos que recorrieron las pantallas del salón de San Miguel fueron Mujercitas (Mervyn Leroy), El signo del Zorro (Rouben Mamoulian) y Pánico en las calles (Elia Kazan).

Las últimas proyecciones de la sala fueron en marzo de 1967. La Agrupación Diocesana de Cines Parroquiales atravesaba un proceso de extinción y la sala del Cine Mikael estaba en construcción. La misma no se inauguró hasta el 18 de octubre de 1969, con la proyección de la película Charly, dirigida por Ralph Nelson. Echavarren tomó las riendas de la administración. La moderna sala contaba con 500 localidades, las películas se tornaron más comerciales y se habilitaron los pases diarios. Los antiguos gestores del cine San Miguel siempre tuvieron la preocupación de que dejar las proyecciones en las manos de alguien externo a la Iglesia crearía una percepción más libertina del cine. Estas ideas se reafirmaron, ya que la segunda película que se estrenó en el cine Mikael fue Pecados Conyugales dirigida por José María Forqué.

La participación ciudadana en las funciones era sobresaliente. El año con más espectadores fue 1973: 160.000 personas acudieron a la



Cine Mikael dibujado por Alberto Cañada



## 12 COMERCIOS

sala. En una temporada, también contó con sesiones de cine infantil llamadas “Cine Vacaciones”. Cañada afirma que, en general, las películas más aceptadas eran las de comedia, intriga y acción.

Durante más de una década, el Cine Mikael afloraba en la Plaza de la Cruz creando un clima ocioso. Ancianos, niños y jóvenes recorrían su acera grisácea emocionados por su hambre de entretenimiento o bendecidos por las historias que se desarrollaron frente a sus pupilas. Pero, al igual que el Cine San Miguel, Mikael cerró sus puertas. En concreto, en 1986, respondiendo a la decadencia de la industria del cine tradicional. Durante los años siguientes, la parroquia arrendaba la sala para diferentes actividades. Una de ellas, por ejemplo, fueron las proyecciones del Cineclub Lux, que ocuparon el lugar entre los años 1992 y 1999. El periodo que siguió hizo que la fachada gris se desdibujara un poco. La actividad en el salón olvidado se retomó recién en el año 2017, cambiando las butacas por estanterías.

### El bullicio actual: los comercios hoy

Pasos apresurados, un abrir y cerrar de puertas constante y bolsas plásticas chocando entre ellas juegan alrededor de los diecinueve comercios que rodean la Plaza de la Cruz. Los vecinos del barrio y personas de los alrededores la atraviesan diariamente, ya que está en medio de muchas zonas de interés. Además, se puede encontrar de todo; desde frutas y productos de alimentación, hasta ropa, libros y periódicos. El antiguo revestimiento de la calle Bergamín 17, se convirtió en sucursal de la cadena de supermercados BM. Lady, la encargada del local, describe su clientela como una mezcla entre gente del barrio y mucha gente de paso.

La mayoría de los comercios de la plaza son recientes. Entre ellos, la mayor excepción es la Farmacia Óptica Amilvia, que se corona legendaria en la esquina de la plaza con 65 años de antigüedad. Asunción Nuin, es la persona que lleva más años atendiéndola. Vistiendo el característico ambo blanco, comenta que su clientela es variada.

—Nuestros clientes son más que toda la gente de la zona. Podría decir que el porcentaje de clientes regulares es alto, un 65%.

Pero también hay muchísima gente que compra aquí porque está de paso.

Desde detrás del mostrador, Asunción tiene una vista privilegiada a la Plaza de la Cruz.

—El ambiente es variado; están los chicos del instituto, la gente de aquí que a veces se sienta a charlar y a pasear por la Plaza y mucha gente que va y viene, constantemente — explica.

Para Nuin, la demanda de medicamentos de esta farmacia también refleja la naturaleza del ciudadano actual que vive o recorre la Plaza de la Cruz.

—Lo que más vendemos son los analgésicos, con o sin receta. Y es que hay muchas dolencias, fiebres, dolores articulares e inflamaciones. Son las cosas más comunes que le pasan a todos. Pero, como este es un barrio muy envejecido, también se llevan muchos medicamentos para enfermedades de la vejez como para el colesterol, la tensión y la diabetes.

Ningún comercio en las cuatro calles periféricas de la plaza tiene un recorrido de semejante porte. De hecho, al más cercano le lleva 35 años: la Librería Ínsula que en 1994, abrió sus puertas al público. Dentro huele a cultura. El tintineo característico de las puertas de los comercios es seguido por un mar de libros y periódicos. Sus dueños son Fernando Satruste y Emilio Julián. Satruste, rodeado de palabras, confirma que los comercios de la Plaza de la Cruz son una materialización de la variedad que la compone.

—Los clientes son de todo Pamplona. Pero mayoritariamente viene gente del barrio, mucha de paso, estudiantes del Instituto y gente que trabaja por aquí.

Satruste recuerda que antes el lugar pertenecía a un taller de neumáticos. Ahora, el sonido del taller y el olor a aceite fueron intercambiados por mañanas rugosas. El dueño de la tienda destaca también una gran demanda matutina de periódicos.

—El periódico que más se vende aquí es el Diario de Navarra. Vendemos 35 al día. Y de libros, hay algunos títulos que siempre son demandados, como algunos de Gabriel García Márquez.

A su lado, la vanguardia de los comercios tiene lugar. La frutería Gorosti Txiki se estrenó hace un mes. Entre colores tropicales y un aroma dulce, Mahmed, el frutero, cuenta que antes había “una tienda de productos naturales”, o sea, una herboristería.

—Diría que hay muchos clientes fieles porque la gente que alguna vez vino, vuelve. Pero, más que todo, me encuentro con gente de paso. Hay mucho movimiento. La gente, por ejemplo, que va al Casco Antiguo pasa antes por la plaza. Por día, a la frutería vienen alrededor de cien personas.

Lo que más se vende en esta frutería es lo que está de oferta, pero la familia de los cítricos —naranja, mandarina, clementina— siempre tiene protagonismo. Mahmed encuentra curioso que a los españoles les gusten tanto las frutas exóticas.

—Lo que más compran ahora es el caqui, una fruta de China y Japón. También llevan mucha papaya, una fruta tropical. Ahora estas frutas se producen en España, en Andalucía, donde se encuentra un clima similar.

Las fresas, naranjas y el mango revisten otro espejo de la vida en la Plaza de la Cruz. Los pamploñeses siempre estuvieron en su centro, pero ahora sus interacciones en el rectángulo gris y verde se transforman de la mano de los comercios que lo rodean. De las estadias extendidas que brindaba el Cine Mikael al ajetreo del entra y sale. Manos con libros, ropa, frutas y periódicos son el nuevo panorama.

**—El periódico que más se vende aquí es el Diario de Navarra. Vendemos 35 al día. Y de libros, hay algunos títulos que siempre son demandados, como algunos de Gabriel García Márquez.**

Fernando Satruste



Mahmed, frutero de Gorosti Txiki. Foto: Jorge Fernández

# A san Miguel no le cortan las alas

Hablamos con el párroco más veterano, don Angel Echevarría, y el más nuevo, Abel Arrieta. Con los años, una de las iglesias más concurridas de Pamplona se ha transformado: menos fieles, otra vida en la casa parroquial y la llegada de tecnología

MALENA CORTIZO Y REYES HUETE



El Obispo colocando la primera piedra. Foto: cortesía de la iglesia san Miguel

Cuando el obispo don Enrique Delgado, el párroco don Paciente Sola, los feligreses, los arquitectos, funcionarios del ayuntamiento y muchos invitados más se reunieron frente al pedazo de tierra virgen, ya tenían parte de la parroquia hecha. Eran las siete y media de la tarde del 29 de junio de 1950. Paciente pronunció unas emocionadas palabras. El obispo bendijo la parcela y el ladrillo primero de la iglesia San Miguel.

Al mismo instante, en otra parte de la ciudad, les esperaba un retablo. El de la catedral, que tuvieron que quitar por las obras que se hicieron en los años 40. Una nueva iglesia en el Segundo Ensanche parecía el lugar ideal para conservarlo. Así fue como Víctor Eusa y José Yáñez acabaron con la tarea extraordinaria de construir una iglesia para un retablo, y no al revés. San Miguel es la única en el mundo pensada de esa forma.

Aquel día de 1950, no pensaban en el retablo, por muy bello que fuera. Los feligreses y el párroco solo estaban felices de dejar atrás la bajera de la avenida Baja Navarra, su templo provisional. La nueva iglesia frente a la Plaza de la Cruz sería más amplia y digna del Señor. Rezaron, leyeron el acto oficial y cerraron una cajita que contenía tres ejemplares de diarios locales, el semanario "La Verdad", una oración al año san-

to, algunas medallas y monedas. Finalmente, se colocó la primera piedra.

Los fieles llenaron la iglesia y pronto se convirtió en una de las más concurridas de la ciudad. Pamplona amanece al son de sus campanas, ya que son los primeros en dar misa, a las siete de la mañana. Sigue al ritmo de una eucaristía por hora, hasta las nueve de la noche los domingos, con un descanso más largo para comer. Incluso hubo un tiempo en que se celebraban misas cada media hora. "Me parecía exagerado", recuerda don Ángel Echevarría, párroco entre 2004 y 2014. Ahora vive en el Retiro Sacerdotal del Buen Pastor y recuerda sus años en la iglesia como bellos y exitosos. "La parroquia más importante de Pamplona siempre ha sido San Miguel", afirma.

Le sucedieron don Félix García de Eulate y don Luis Oroz. Cuando este último enfermó, el obispo don Francisco Pérez le propuso al entonces director de los colegios diocesano retomar las riendas de la iglesia. "Acepté porque me lo pidió el obispo y además porque era mi parroquia. Llevo viniendo aquí toda la vida", explica don Abel Arrieta, que lleva a cargo de San Miguel desde el 20 de agosto de 2023.

Ambos sacerdotes se conocen. "Abel es un joven muy bien pre-



Don Ángel Echevarría. Foto: Malena Cortizo

parado, pero es muy diferente a mí"; opina don Angel. Las circunstancias en las que se encuentra el párroco actual también son diferentes. La iglesia, a pesar de su ancestralidad, ha tenido que seguir el compás del resto del mundo. Eso implica retos para la San Miguel de hoy.

Cada vez menos niños se sumergen en la pila, y cada vez menos parejas se reúnen frente al altar. Los años récord de la parroquia están lejos en el tiempo: en 1948, se celebraron 327 bautizos, y en 1962, 210 bodas. El año pasado, esos números pasaron a 24 y 8, respectivamente.

Abel Arrieta no se da por vencido: "viene menos gente, pero eso ocurre en todas las parroquias". Su iglesia sigue siendo muy frecuentada. Durante la semana, reúnen a un total de 600 feligreses en todo el día. Los fines de semana, la iglesia ve pasar a mil fieles más.

Angel Echevarría sostiene que aunque siga yendo, la gente no acude a misa igual que antaño. "Se ha perdido la religiosidad sociológica que reúne a la gente". En sus diez años de párroco, también notó una bajada de asistencia. Sí destaca que la iglesia floreció gracias al buen trabajo de su equipo parroquial.

La vida de la parroquia no se limita a las misas y los fieles. Aunque es fácil reconocer el templo donde se celebran los oficios, la iglesia San Miguel se extiende más allá. Concretamente hasta el edificio de al lado, un inmueble de ladrillo de cinco plantas con balcones a la Plaza de la Cruz. La casa parroquial, construida en los años 60, cuenta con apartamentos donde viven doce sacerdotes, el párroco, el sacristán y el secretario. También cuenta con despachos de secretaría, salas de reuniones y una capilla. La casa, con los años, vio desfilar miembros del clérigo y distintas maneras de hacer.

El proyecto nació en los años 60, cuando don Paciente era todavía párroco, con la intención de alojar a todos los sacerdotes y trabajadores de la parroquia. Pero en los dos mil, era más bien una residencia para curas retirados. La idea de don Angel era crear una comunidad que viva y trabaje en la iglesia misma. Desde ese momento, los sacerdotes, el párroco, el sacristán y el secretario compartieron todos los espacios de la casa. Venían de muchas partes del mundo: España, África, América, Polonia... las distintas culturas se mezclaron y crearon una atmósfera hogareña. "Yo vivía con ellos, éramos como una familia",



Don Abel Arrieta. Foto: Malena Cortizo

recuerda don Angel. Aunque hayan pasado muchos años, algunos siguen escribiéndole o viniendo a visitarlo. “Lo que más me dolió cuando dejé San Miguel fue dejar esa experiencia de comunidad”.

De esa gran familia, solo queda el secretario. Ahora, viven todos por separado, cada uno en su casa. Los sacerdotes y el párroco de ahora comen juntos una vez a la semana. Pero se han desvanecido los rezos conjuntos, las risas viendo partidos de fútbol o jugando al mus, las llamadas telefónicas a las cuatro de la mañana que resonaban por los pasillos.

Además de la casa, la iglesia también tiene otro local. Al lado de las puertas de la casa parroquial, un cartel amarillo fluorescente anuncia la entrada. Neones de un blanco deslumbrante iluminan todo tipo de cosas: frutos, productos de limpieza, cosméticos, galletas, carne, pescado. Hasta aquí, nada extremadamente santo. Y es que el supermercado BM de la calle Francisco Bergamín no pertenece realmente a la parroquia. Aun así, es fuente de ingresos.

Según el secretario José Luis Ciriza, “los salones Mikael traían solo gastos”. Así que hace 7 años, comenzaron a alquilar los antiguos cines a la línea de supermercados. “El rendimiento que se les sacó a los locales permitió pagar las obras de reforma del retablo”, explica don Abel.

Don Ángel es firme: él no lo hubiera hecho. En su tiempo, el espacio se usaba como espacios culturales para eventos o conferencias y la parroquia obtenía ingresos de otra manera. Funcionaban muy bien las cotizaciones mensuales o anuales que los fieles se animaban a pagar a su parroquia. También era habitual que parte de la herencia de un difunto feligrés vaya a la iglesia.

don Abel cuenta que esas dos formas de ingreso se repiten cada vez menos. Sin embargo, algo que funciona igual de bien ahora que antes es lo que llaman el paso del cepillo. Durante la misa, después de la comunión, cestitas pasean entre los bancos y recolectan monedas y billetes. Una iglesia

conlleva muchos gastos. Aún más una como la de San Miguel: con tantas misas al día, deben procurar que el templo esté caliente e iluminado en todo momento. Según lo que cuentan ambos párrocos del presente y del pasado, el dinero del culto basta para sufragar las numerosas expensas que implica la parroquia.

Durante la pandemia, la circulación de dinero en efectivo fue disminuyendo para evitar contactos físicos. Muchas iglesias que veían cada vez menos moneditas al fondo de las cestas decidieron ayudarse de nuevas tecnologías. Al lado de la puerta, destaca una caja de más o menos un metro de altura. La decoran una pantalla y unas letras rojas que dicen “Gracias por tu donativo”. Esos puestos digitales permiten que los feligreses ofrezcan un apoyo financiero con tarjeta o por Bizum. El nuevo párroco admite que aunque su uso no sea masivo, sí hay gente que después de misa, se acerca con la tarjeta y dona algo.

“La Iglesia acoge todo aquello que ayuda a evangelizar”, dice don Abel. En San Miguel, la tecnología es una de esas muletas. No solo ayuda a recaudar donativos. A la derecha de la puerta del templo, una pantalla anuncia el calendario parroquial. Durante las misas, cuando llega el momento de cantar, la letra se proyecta en las dos paredes que rodean el retablo. La parroquia también se mueve por las redes de internet. Transmiten ciertas misas en su canal de Youtube: la de las siete entre semana y la de las doce, una y ocho de la tarde los fines de semana. Empezó a hacerse eso durante la pandemia, pero la práctica continuó para que aquellos que no puedan acudir en persona no pierdan su derecho al culto.

#### Quienes se sientan en los bancos

Don Abel Arrieta, sentado en su despacho de la casa parroquial, admite que “cada vez hay menos gente en misa, pero eso es algo que pasa en todas las parroquias”. San Miguel sigue atrayendo feligreses. Ambos párrocos atribuyen parte de este éxito a la ubicación céntrica. El Segundo Ensanche es



Iglesia san Miguel durante la misa de las 12. Foto: Malena Cortizo.

de fácil acceso y hay sitios para aparcar. Entonces, viene gente de todo Pamplona.

En las misas de San Miguel, se ven siempre muchas familias. Una de ellas es la de María Sarría, Chema Pérez y sus seis niños. Iban alternando entre la Iglesia de San Nicolás y la Iglesia de San Miguel dependiendo del horario que les viniese mejor ese domingo. Un día, el párroco de San Nicolás paró la misa y se quejó de los llantos de los niños. María cuenta que les sentó tan mal que dejaron de ir a esa iglesia con los niños. Empezaron a ir en familia a la de San Miguel. Esa es su parroquia de ahora. Además, su marido Chema lleva yendo a San Miguel desde que era muy pequeño. Se confirmó, hizo la comunión y conoció a unos cuantos párrocos. La familia tenía trato muy estrecho con don Luis Oroz, el predecesor de don Abel. Chema Pérez señala que siempre ha sido una parroquia muy viva, con gran cantidad de horarios de misas, “misas bien hechas y bonitas, sin experimentos”. Además, la iglesia acoge a grupos como Mother’s Prayers, del que es parte María: madres de la parroquia se reúnen y rezan por sus hijos. A la familia le gusta que haya confesores con frecuencia. “Que se impartan los sacramentos con frecuencia ayuda a mantener la vida espiritual”, comenta Chema.

“En San Miguel, se sabe que siempre hay alguna misa”, observa Abel Arrieta, refiriéndose a la gran oferta de horarios. Esto, según el párroco, anima a que más gente venga. Siempre hay una misa que puede cuadrar con el horario de cualquiera. Pilar Perez tiene 85 años y San Miguel es su

parroquia de toda la vida. Antes solía ir a las misas de las doce, pero su artrosis hace que le cueste levantarse por las mañanas. No se queda sin culto, ya que hay horarios de misa a las seis o a las siete de la tarde.

Los feligreses también son de todas las edades. Alejandra Lopez de Ayala tiene 22 años y estudia magisterio en la Universidad de Navarra. La misa que más le conviene es la de los domingos a las nueve porque es la que mejor puede compaginar con su carrera. Además, San Miguel organiza actividades que interesan especialmente a los jóvenes. Marta Romero, también estudiante en la Universidad de Navarra, acude a la misa de las nueve para escuchar al coro religioso de Hakuna, un grupo de jóvenes cristianos.

Para don Angel Echevarría, una de las cualidades de San Miguel se encuentra en el retablo. El actual párroco coincide: “A la gente también le gustan las parroquias bonitas, ¿no?”. Las luces blancas hacen resaltar su pintura dorada. Mientras se da el sermón, el Arcángel le anuncia a María su embarazo, nace el Cristo y aparece Santa Leocadia. San Pedro, San Agustín y San Fermín asisten también a la misa. Por supuesto, San Miguel vestido de rojo, con su escudo y sus alas, sujeta una cruz, justo debajo de la de Jesús. Vio cómo se colocaban los proyectores, cómo iban y venían los párrocos, cómo los salones culturales se transformaron en supermercados. Todos los domingos, asiste al tumulto de feligreses que, aunque haya menguado con los años, sigue fiel a su iglesia de toda la vida.

## PASCUAL MATEO, MÍTICO SACRISTÁN

Siempre llevaba la sotana puesta. Todas las mañanas, llegaba a la iglesia a las seis, encendía la calefacción y fabricaba las eucaristías. Estampaba él mismo cruces sobre la masa de agua y harina, una hostia a la vez.

Pascual Mateo era huérfano y vivía en la Casa de la Misericordia. Tenía 18 años cuando el párroco don Paciente Solas acudió en búsqueda de algún joven para ejercer la labor de Sacristán. Pascual era bajito de estatura, con lo cual, se libró de “la mili”. Tenía tiempo de sobra para ejercer lo que se convertiría en su vocación.

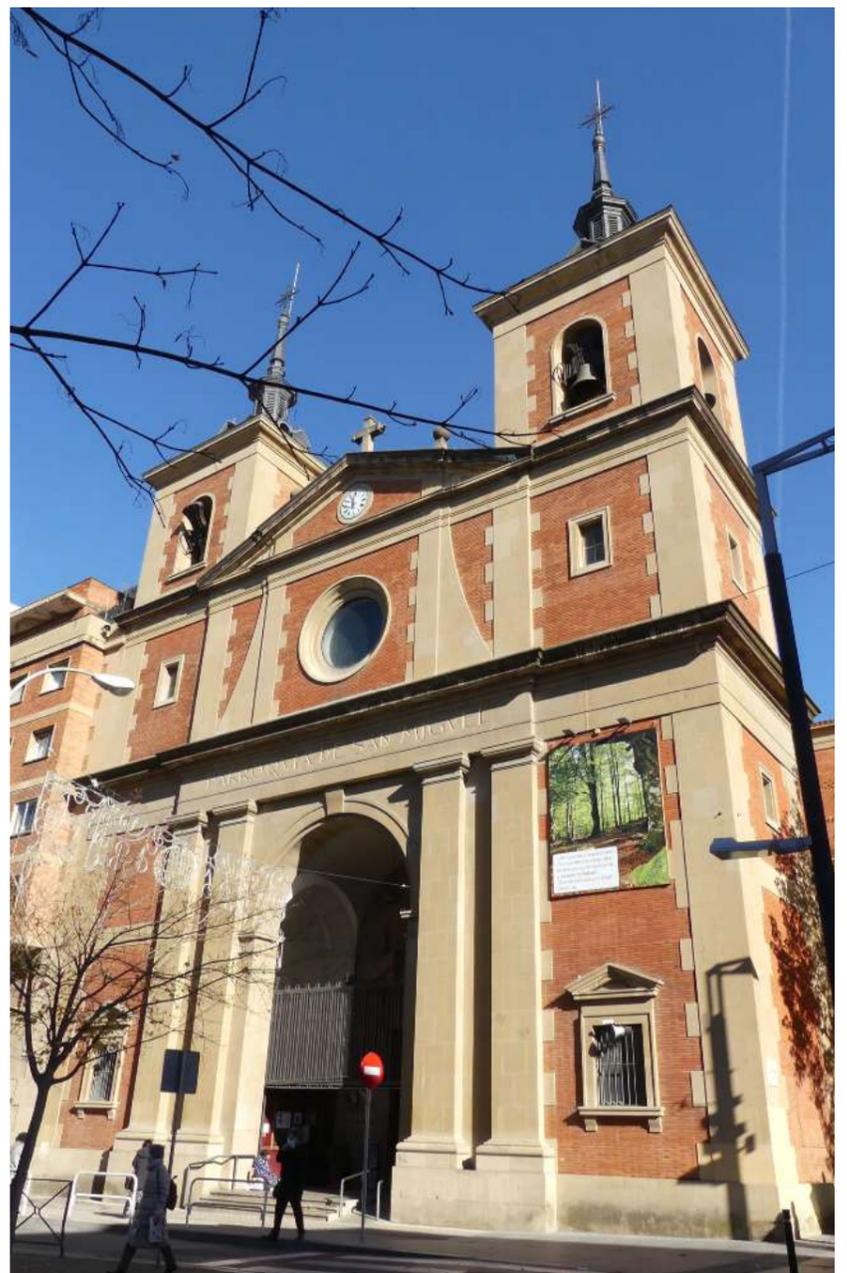
Don Angel Echevarria recuerda a “Pascualín”, como le llamaba él, como “la columna vertebral de la parroquia”. Además de

ser trabajador, su simpatía y generosidad lo llevaron a ser querido por todos los feligreses. Los niños sabían que Pascual siempre repartía caramelos durante la misa. Cuando pasaba el cepillo, volvía con sumas impresionantes. El nombre de Pascual salió de la iglesia y pronto se hizo familiar para muchos vecinos del Segundo Ensanche. Algunos recuerdan a un hombre menudo y “muy majico”.

Falleció el miércoles 6 de agosto de 2014, con 91 años. Su funeral al día siguiente llenó la iglesia. Un barrio entero se reunió para recordar al sacristán que dedicó su vida a servir a los demás. Incluso en sus últimos tiempos, seguía echando una mano en la parroquia y acudiendo a misa todos los domingos.



Parroquia san Miguel en el año 1954, sin campanas ni reloj. Foto: cortesía de la iglesia san Miguel



Parroquia san miguel año 2023. Foto: Malena Cortizo

# En busca de José María

Con 95 años, es posiblemente el vecino más veterano de la Plaza de la Cruz. Entrevistamos al señor Montes para que nos contase cómo ha evolucionado su barrio desde los años 50. Quedamos con él a la salida de misa de doce de la Iglesia de San Miguel. No apareció. Ni el secretario parroquial, ni su vecino, ni su hijo y nieto sabían dónde estaba.

BLANCA CAMACHO, REYES HUETE Y MALENA CORTIZO

La calle Sangüesa recibe continuamente pisadas de viejecitos haciendo su recorrido matutino desde la parroquia San Miguel hasta sus moradas. Vestidos con sus mejores galas, los más veteranos ocupan las aceras de la Plaza de la Cruz para acudir a la misa de las 12:00. Entre ellos, un señor que lleva haciendo este camino diario setenta y un años: Jose María Montes. Los hechos que a continuación se relatan suceden el jueves 9 de noviembre.

12:00. Un recorrido que parecía llevar a la cruz del mapa termina por sorprender por el camino. Buscar a un señor mayor de 95 años que cumple con el mismo itinerario a diario no puede ser muy difícil. Sin embargo, parece que José María prefiere desafiar el plan establecido.

12:30. Acaba la misa. El olor a perfume de señora mayor se desprende por los escalones de la entrada de la parroquia. Carolina Herrera, Dior, Lancôme, Yves Saint Laurent... pero ni rastro del vecino. Este había quedado con quien escribe estas líneas a y media, en la puerta de la Iglesia para entrevistarle porque según los datos que manejamos, es, quizá, el más veterano de la Plaza de la Cruz. Un señor susurra que el fugitivo ha estado en la celebración de la Eucaristía.

Su rostro parece ser conocido. Es el secretario parroquial, Jose Luís Ciriza. Conoce a cada uno de los creyentes que asisten a la celebración de la Santa misa a diario. De hecho, añade que acompañado de su cuidador peruano, Bifredo, ha estado sentado en su sitio de siempre, en los bancos de la derecha de la nave central.

Con bastantes ganas de tener una conversación, el secretario cuenta que este señor lleva alrededor de cuarenta y cinco años colaboran-

do con la organización eucarística. No obstante, parece ser que hoy ha huído en combate. Ambos proporcionan la dirección de su casa, la cual sería una pista eficaz para dar con José María. El problema ocurre cuando se da con la realidad de la cuestión: ¿y si no ha llegado todavía a casa?

## No hay que dejar ningún cabo suelto

Sangüesa 13, primero derecha, es una opción. El telefonillo no da respuesta, pero la búsqueda debe de seguir en pie. ¿Por qué no usar la técnica "a la antigua"? Llamar a todas las casas y ver si alguno contesta. Una voz rasgada del sexto izquierda responde. Identificado como José Ignacio Palacios Zuasti, políticamente muy conocido como ex senador de España. Nació en Pamplona el 14 de agosto de 1952 y es hijo de militar. Fue consejero de Obras Públicas, Transportes y Comunicaciones. Se licenció en Derecho por la Universidad de Navarra y se especializó en materias de Comercio Exterior. Además, entre junio de 1995 y septiembre de 1996, fue vicepresidente segundo del Parlamento de la Comunidad Foral.

A través del porterillo del edificio comenta que conoce a José María desde que llegó al vecindario hace sesenta y tres años. Una invitación amable hace que la conversación fluya mejor desde el salón de estar de su casa. Desde su cherron, Palacios cuenta que las viviendas del costado izquierdo del I.E.S Plaza de la Cruz pertenecían a los profesores. En 1963, estos bloques los terminó una cooperativa de constructores específica que destinaban sus ofertas a profesores del instituto, ya que eran considerados académicos de la alta élite de la sociedad. José Ignacio relata que en la comunidad todos tienen respeto hacia el fugitivo. De hecho, al ser

el vecino más veterano, las instalaciones del bloque se han ido adaptando a él. El ascensor se instaló hace veinte años, cuando el mayor del edificio sufrió una lesión en el peroné derecho. "Desde que murió su mujer, Asunción Ross Azurmendi, los vecinos en Navidad solemos llevarle pasteles para endulzar las fechas", comenta Palacios. Una comunidad familiar que, después de tantos años de nuevas incorporaciones, prevalece el veterano del bloque. El ex político popular añade que las relaciones en el edificio son muy cercanas, no solo por los más mayores sino también por las nuevas generaciones. Su sobrina Marisa resulta ser de la cuadrilla del nieto de José María, Pablo Montes Ross. Además, comenta que su nieto trabaja en la consulta familiar dental de la Plaza de la Cruz, Clínica Montes. Sin lugar a duda, el aperitivo de la familia Palacios Zuasti finaliza y el rumbo se orienta hacia Sangüesa 16.

Durante todo este tiempo ni un solo aviso de la localización del vecino más veterano. No obstante, la clínica es la pieza que se necesitaba para obtener la mayor pista que acercara el camino al destino. Una enfermera abre la puerta, provocando un deslumbramiento. Los dentistas se caracterizan por la limpieza y la decoración minimalista. Este no iba a ser una excepción. Las paredes blancas, el olor a látex, las pisadas de las zapatillas crocs por el mármol y en el mostrador un teléfono constantemente sonando. Un panel de cristal separa el ambiente tenso en la zona quirúrgica del personal de la recepción.

## Pablo, por el momento, no puede atender a nadie

Se encuentra en una cirugía de elevación de seno maxilar. En otras palabras, una intervención quirúrgica destinada a la recuperación de la altura ósea perdida en

una zona concreta. Con tan sólo 34 años, Pablo Montes Fernández-Micheltoarena es licenciado en Medicina por la Universidad de Navarra y graduado en Odontología. Es especialista en Cirugía Oral y Maxilofacial. Mientras tanto, el tiempo sigue haciéndose con la suya y sigue corriendo.

13:07. El cirujano sale del quirófano y se dispone a proporcionar información útil. Con una pequeña carcajada confiesa su relación con Marisa. Desde que eran niños, cada vez que iba a casa de su abuelo José María, solían jugar juntos por la plaza. Al tener la misma edad era inevitable que no estuviesen divirtiéndose por el rellano cuando se encontraban ambas familias. Pero no todo lo anecdótico suena a la típica historia de amigos de la infancia. Marisa y Pablo se llevaban a morir. "Recuerdo la carta que le escribí para pedirle perdón por haberle roto su trompo. Reconozco que mi madre me obligó", dice Pablo. Actualmente, lo que la plaza unió sigue presente, ya que son del mismo grupo de amigos.

En una búsqueda que parece no tener fin, se ve la luz del final. El nieto comenta que su padre se encarga de cuidarle todos los jueves por la tarde. En concreto, va a su casa, dos bloques a la derecha de la clínica, a sacarle a dar una vuelta. Pablo Montes Ross es uno de los ocho hijos del veterano. Con 63 años, es fundador y trabajador de la Clínica Montes, padre de familia y cuidador de su padre. Está casado con Eva Fernández-Micheltoarena. Además, de Pablo junior, tienen otros cinco hijos: María, Claudia, Guillermo, Beatriz y Teresa, licenciada en odontología e integrante de la clínica. Tras unas cuantas súplicas desesperadas, Pablo padre pausa la dirección y se introduce en la conversación.

**Al ser el vecino más veterano, las instalaciones del bloque se han ido adaptando a él. El ascensor se instaló hace veinte años, cuando el mayor del edificio sufrió una lesión en el peroné derecho**





José María Montes en su casa de la calle Sangüesa. Foto: Paula Dalla Fontana

Sin pensarlo dos veces, asiente con la cabeza inclinada explicando que José María suele olvidarse de las cosas. “Mi padre compra la fruta del día en la frutería Gorozti Txiki. Seguramente se haya entretenido hablando con el dependiente Mahmed”, comenta el director de la clínica. Pasada la hora y media, debe de haber regresado a su casa. Para contactar con un señor que ha nacido en 1928 no queda otro remedio que utilizar el medio tradicional: el fijo. Tras cinco llamadas al número que proporcionó su hijo mayor Pablo, el fugitivo atiende el teléfono. Con tono de lo más relajado posible, explica que acaba de llegar a su casa y que se dispone a tomar su aperitivo de media mañana: dos mandarinas.

#### ¡Manos arriba!

13:30 Con una sonrisa, José María Montes abre la puerta del que ha sido su hogar durante sesenta años de su vida. Un piso que en teoría había sido construido para los profesores del instituto Ximénez de Rada pero que logró comprar él en 1960. De paredes crema, techos altos y suelos de madera crujientes, la casa de José María Montes es el ejemplo perfecto de las viviendas de antaño donde la cocina se ubicaba al final de las dependencias de los familiares, y el salón y el comedor es lo primero que te encontrabas al entrar. Sentado en una de las dos butacas granates que ocupan la

sala de estar, comienza a rebuscar en su memoria todas las vivencias acaecidas en la Plaza de la Cruz. Nacido en Oteiza de la Solana, Estella, en 1928, José María Montes aterrizó en el barrio en 1952 cuando su padre, médico de profesión, decidió mudarse tras su jubilación. Desde entonces, ha sido un testigo excepcional de la evolución de esta plaza, un lugar que él describe como “agradable”.

El joven José María, recién graduado en Ciencias Químicas en Zaragoza en 1950, se casó con María Asunción Ros Azurmendi en 1957 y juntos tuvieron ocho hijos. Lamentablemente, hace dos años, su compañera de toda la vida falleció, dejándole con un legado de 23 nietos y 4 bisnietos. Hablar de su mujer todavía le conmueve. Mira para abajo mientras cuenta sus años junto a ella, descendiendo el tono de voz, está triste. “Todos los recuerdos que tengo en este barrio son de la mano de Asunción. Este piso lo compramos de recién casados, ella se encargaba de los niños y del mantenimiento del hogar y yo era, aunque suene algo antiguo, el que traía dinero a casa”.

En los años 50 la Plaza de la Cruz era físicamente igual a la actual. Sin embargo, antes era el epicentro de la vida social, pero ahora solo los más veteranos y los críos hacen vida allí durante el día. Por la noche, toman el terreno los

**“Todos los recuerdos que tengo en este barrio son de la mano de Asunción”**

José María Montes



marginados sociales. En el 52, no existía ninguna universidad y el Instituto Ximénez de la Rada destacaba como el punto más emblemático de la zona. Señala que lo que ahora es Lezkairu para los pamploneses, antes era el barrio de la Plaza de la Cruz, uno de los mejores barrios de la comarca. Si tuviese que recomendar a sus nietos una zona en la que vivir, no cambiaría por nada la Plaza de la Cruz: “tiene de todo: la parroquia, los bancos centrales de la ciudad al lado, la fotocopistería, el instituto...”. Está muy orgulloso de su barrio, se le iluminan los ojos al mencionar todas las facilidades que tiene a mano en el Segundo Ensanche.

La memoria de José María se enciende al recordar la construcción de la iglesia en los años 50, una obra en la que participó activamente al observar cómo tomaba forma. Además, en esos años se alzaron los pisos parroquiales.

#### El profesor de Sangüesa 16

José María no siempre fue solo a la misa. Al oír la mención de su antiguo vecino, evoca a un hombre bondadoso, culto y de gran fe cristiana. El periodista croata Luka Brajnovic llegó de Madrid en 1959 para modernizar la imprenta Grafinasa. Un año después, Antonio Fontán lo invitó a incorporarse al recién creado Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra, donde a lo largo de

treinta años, “llegó a dar cuatro o cinco asignaturas”, recuerda su hija Olga.

Cuando no estaba en el campus, el profesor escribía en el despacho de su apartamento con vistas a la Plaza de la Cruz. La familia se mudó en el año 60 y se quedaron 25 años. Olga describe una casa del sexto piso que se llenaba de sol y transportaba a su madre, Ana Tijan, al borde de su añorado Mediterráneo. La altura tenía un inconveniente. El ascensor era uno de esos antiguos en forma de jaula de madera. Cuando se rompía, y esto ocurría con frecuencia, se tenían que subir y bajar los seis pisos a pié.

Además de su labor de profesor, Luka Brajnovic publicaba la mítica columna “Boletín del extranjero” en Diario de Navarra. Todos los días a las ocho de la tarde Sandalio venía de los talleres a por lo que había escrito. Para evitar que el mensajero usase las escaleras, o que el profesor tuviera que subir y bajar, don Luka fabricó un ingenioso mecanismo. Una caja de puros contenía un peso, el artículo y una propina para Sandalio. Con la cuerda que Ana empleaba para atar el asado, hacía descender el paquete. Sandalio vaciaba la caja y Luka, como si fuera un pez colgando del anzuelo, la volvía a subir.

El ascensor no era freno ninguno para los estudiantes. Cuando los alumnos de periodismo no superaban las seis decenas, la familia Brajnovic tenía por costumbre invitarlos a cenar. Olga recuerda ayudar a su madre sirviendo, haciéndose paso por el salón con bandejas de comida. Había estudiantes sentados hasta por los suelos. Todas las ventanas estaban abiertas para dejar salir el humo de los cigarros.

“Don Luka, le vamos a llevar al



Luka Brajnovic con su familia en su casa de calle sangüesa. Frente a él, en blanco, su hija Olga. Abajo, Luka Brajnovic con sus alumnos en la cafetería Faustino de la universidad de Navarra en 1945. Fotos: archivo de la Universidad de Navarra

cine”, le dijeron una de esas noches sus alumnos. Ya era tarde, pero luchando contra el sueño, el profesor les siguió hasta los cines Mikael. Se estrenaba “El Padrino”. “¿Qué le ha parecido, don Luka?”. No sabía qué responder. Se había quedado dormido las tres horas de película.

Olga recuerda también las tardes fuera con los hijos Montes. El espacio era mucho más abierto y eso permitía, en invierno, que se organizaran batallas de nieve entre los niños de los cuatro colegios del barrio: Ximenez de Rada, Príncipe de Viana, Carmelitas y Maristas. La plaza, en aquel entonces, era un terreno de juego ideal.

Olga y José María coinciden en que la demografía de la plaza ha cambiado. Los Brajnovic eran “los extranjeros”. Los únicos inmigrantes del barrio. Para su madre, simplemente cruzar la plaza para ir a misa suponía un reto: el de enfrentarse a las miradas curiosas y amargas de las demás señoras. Ahora, personas con orígenes variados pasean por el Segundo Ensanche sin que nadie les ojee.

Aparte de definir la plaza como “agradable”, José María Montes destaca la cualidad de apacible. “Antes, iba en coche a la misa aunque estuviera a 100 metros porque se podía aparcar fácilmente y era un barrio muy tranquilo”, comparte el veterano. Sin embargo, lamenta el cambio en el ambiente, señalando que “ahora muchos latinos utilizan la zona para armar jaleo, ya no hay tanta paz”.

Le molesta el cambio del ambiente sereno de antaño al jolgorio nocturno de los toxicómanos. Antes se sentaban después de las misas por la tarde en los bancos a conversar y echar el rato. Hoy lo

que eran conversaciones de una hora en el barrio han disminuido a quince minutos. José María destaca la importancia de la comunidad en el barrio donde los vecinos se conocen y comparten vínculos duraderos. La misa de doce es donde se reencuentran los más veteranos.

En cuanto al presente, señala que la Plaza de la Cruz se ha vuelto más popular durante los San Fermín. Se organizan verbenas a las ocho de la tarde, aunque no son tan frecuentadas debido a otras actividades más atractivas que se organizan en distintas partes de Pamplona. José María Montes, sigue disfrutando de su vida en la Plaza de la Cruz, aunque la nueva dinámica del Ayuntamiento de Pamplona de construir un parking no le hace mucha gracia. Mantiene su resistencia ante la propuesta argumentando que remodelar la plaza y talar árboles añejos no es la solución ideal: “aquí cortar un árbol es un pecado grandísimo”. Llevan setenta, ochenta años dando color y vida, si no fuera por ellos y el crucifijo de metal, la Plaza de la Cruz perdería su encanto.

14:15. Ya es la hora de comer. José María es consciente y decide ser escueto al describir la Plaza de la Cruz. Utiliza solo una palabra: “agradable”. Agradable la esencia que ha marcado su vida y la de muchos en este barrio, agradable los recuerdos junto a su mujer e hijos cuando iban al parque “eran momentos íntimos, familiares, en el que mis hijos se divertían con otros chicos de la zona”, agradable la comunidad de vecinos, los párrocos y feligreses de San Miguel. Más de media vida lleva viviendo en este barrio, y a pesar de ser catalogado por algunos como uno de los agujeros negros de Pamplona, para él siempre será un lugar extraordinario para vivir.



Biblioteca de José María Montes. Foto: Paula Dalla Fontana

# Cara o cruz

Varios indigentes pasan las tardes en la Plaza de la Cruz, causando inseguridad entre ciertos vecinos y paseantes. Dos de ellos son Mikel Ostariz y Jose María Arnaiz. Sus días pueden resumirse en esperar a que el tiempo pase con una cerveza en la mano. Aunque tengan circunstancias similares, sus destinos son opuestos

JORGE FERNÁNDEZ, JAVIER AZAGRA Y RAFAEL SALAS

Desde 2019, un grupo de transeúntes que supera la docena pasa sus tardes afincado en los bancos de la Plaza de la Cruz. Suelen llegar hacia el mediodía y, tras parar en el supermercado BM al costado de la parroquia para abastecerse de cervezas, se sientan a beber en la esquina que cruza la iglesia San Miguel y el instituto. Son varios los testimonios de residentes del lugar, en reserva, en los que se muestran hartos de la situación y aseguran que los indigentes “solo traen problemas y follón a un barrio que antes era tranquilo.”

“Hay varias personas que se pasan el día en los bancos, bebiendo y fumando, los niños no se sienten a gusto en el parque por ellos”, cuenta una madre que paseaba

junto a sus hijos. Dos amigas y residentes del barrio, visiblemente disgustadas por la coyuntura, coinciden en que su presencia “da muy mala imagen” dado que “se pasan todo el día con cartones de vino y cervezas dando voces”. “A veces beben demasiado y gritan mucho”, alerta un hombre, residente desde hace cinco años en el edificio que hace esquina con Navarro Villoslada.

Mikel y Javier son dos de las personas en situación de calle que forman el grupo de las tardes en la plaza. Mikel Ostariz, nacido en Pamplona, es un hombre menudo y robusto, de cabello escaso y mirada penetrante. Javier Gutiérrez, colombiano, es alto y desgarrado. Tiene la tez color café y una barba

desmelenada en tonos de gris. Sus fuertes carcajadas interrumpen de forma intermitente la conversación. Mikel lo disculpa y explica que “normalmente no es así pero hoy ha llegado pasao”. Asegura que los que pueblan la plaza a diario se conocen; colombianos, peruanos, bolivianos, españoles... “Nos juntamos de todo. Al final es como cuando sales de clase al patio y te juntas con el que viene de un lado u otro”.

“¡Parcero no hables que son de la secreta!” grita Javier, levantándose del banco como un resorte mientras ríe a carcajadas. “La Plaza de la Cruz la hemos tomado nosotros. Aquí no se atreven a venir a robarnos”. Mikel relata la compleja lucha de poder que ocurre en las

calles pamplonesas. “Los rumanos y los moros lo tienen todo. Los supermercados, la Plaza del Castillo y el Casco Antiguo en general. Como te pongas dónde no toca, vienen y te revientan”. Levanta el dobladillo del pantalón y revela un hematoma color azul que rodea el tobillo derecho. “Me cogieron la otra noche y me dieron un tortazo para robarme el móvil. Como vieron que no me dejaba, me hincharon a patadas y a hostias. Así va esto”, relata entre risas, quitándole hierro al asunto.

**“Aquí no se atreven a venir a robarnos”**

Ahora, la plaza es un lugar en el que pasar la tarde, pero Mikel cuenta que no siempre fue así. “Hace un año y medio, solíamos dormir entre los pilares de la entrada del instituto, pero se quejó una señora de secretaría y nos acabaron echando. Lo entiendo eh, que los chavales jóvenes pasen por ahí y nos vean tiraos antes de entrar a clase tampoco es”. Mikel dormía sin saco. Sacaba cartones de los contenedores y se metía detrás de los setos, bajo la cruz, cuando apagaban la fuente a las diez de la noche. Ahora, pasan las mañanas y las noches en la Plaza de la O.

**“Hace un año y medio, solíamos dormir entre los pilares de la entrada del instituto, pero se quejó una señora de secretaría y nos acabaron echando. Lo entiendo eh, que los chavales jóvenes pasen por ahí y nos vean tiraos antes de entrar a clase tampoco es”**

Mikel Ostariz



Mikel Ostariz dibujando en uno de los bancos de la Plaza de la Cruz. Foto: Jorge Fernández



La razón por la que se encuentra en la calle, admite, fue la separación de su mujer, derivada de sus problemas de alcoholismo y consumo. “Cuando me separé me enfadé con el mundo, y a cada uno que me decía algo me liaba a tortazos. Acabé detenido muchas veces, pasando varias noches en el calabozo, hasta que el juez me dijo que la próxima vez me mandaba pa’ arriba, y tuve que parar el carro”. Mikel explica que su situación se vio aún más agravada durante la pandemia. Es ahí cuando comenzó a transitar la plaza. Con una honestidad cruda, revela que no ve cercana una salida de su actual realidad. Aún así, intenta cuidar cada vez más su apariencia, trata de estar limpio y pasar la noche entre cuatro paredes. Aunque asegura que el último punto no siempre se le hace fácil. Cobrando una pensión del estado de 700€ al



José María Arnaiz leyendo en la plaza de la cruz. Foto: Jorge Fernández

mes, no puede pagar la fianza de dos meses que piden los cuartos ofertados.

Javier abre otra lata de cerveza mientras Mikel dibuja formas geométricas. “¿Eso es la hipotenusa o qué, parcero?” vocea Javier entre carcajadas. “A éste ni caso”, dice Mikel, sin levantar la vista, atareado, mientras cuenta que lo aprendió cuando trabajaba en una empresa de mármol. “¡Me pasaba el día entero lijando y lijando!”. “Parsero, aquí hay abogados, médicos y hasta un juez”, añade Javier entre balbuceos.

La policía, según cuenta la pareja de banco, ofrece ayuda durante las olas de frío proporcionando refugio en hoteles o albergues pagados por el ayuntamiento. “Esa gente ya nos conoce a todos, se saben nuestros nombres y no nos dicen nada con que tengamos nuestras latas recogidas. Miran pa’ otro lado porque si no estamos aquí estaríamos allá haciendo lo mismo y por lo menos no molestamos”.

Vivir en la calle tiene sus desafíos. Mikel comparte que “en verano está bien, pero en invierno no se puede. Hace frío, y aunque nos den una mano, las noches son duras”. De ahí la importancia de ciertas organizaciones como el comedor social París 365 en la calle San Antón, Cruz Roja y Cáritas. Les ayudan repartiendo sopa caliente, chaquetas y sacos de dormir. Mikel también destaca a Maena y Javier, una generosa pareja que distribuye bocadillos en la Plaza de la O todos las tardes de los lunes y los jueves;

ofreciendo a los vagabundos algo de alivio en forma de comida caliente y café.

En el banco de al lado suele pasar las tardes otro hombre que también duerme con el frío nocturno de la noche pamplonesa. José María Arnaiz, de 57 años, aunque con la misma base de la indigencia, es diferente a Mikel.

Duerme en los Jardines de la Taconera, pero pasa todos los días en la Plaza de la Cruz. Tiene una rutina diaria cogida: se despierta sobre las siete de la mañana, pero no se incorpora hasta las ocho, y se asea en la estación de autobuses. Comienza a pasear con las primeras luces del Sol hacia la plaza, pero antes hace una parada para desayunar. En la calle Sangüesa hay un bar de un hombre chino que suele invitarle a café. De ahí se dirige a cualquier banco de la Plaza de la Cruz tras comprar una lata de cerveza. Son las nueve. Pero aunque ya tenga su primera bebida, José María asegura que no es alcohólico. “Las sustancias han ocasionado la mayoría de mis problemas. Pero tampoco me arrepiento porque si no hubiera llevado esta vida, no sería el que soy, y ahora me considero una persona grande”.

#### “Siempre vino. Luego paso a la cerveza”

Jose María no tiene mucha ropa, pero nunca va descalzo. “En zapatos tengo casi 300 euros entre botas y unas deportivas buenas. Las tengo en la calle, pero como la gente me conoce, todos me lo respetan”. Ese día ha elegido una chaqueta verde, una sudadera rosa, y unos zapatos casuales. Se sienta a leer hasta que llega Jorge, su

compañero de banco en la plaza. Jorge Huarte es un joven de pelo moreno que también vive en la calle. Él ya está borracho, aunque sean las once. “Lo primero que hago al llegar es comprarme una Coca-Cola. Y vino, siempre vino. Luego ya paso a la cerveza”, dice mientras se sienta junto a Jose María. Es un hombre robusto, más en comparación a lo menudo que es Arnaiz. Lata en mano, comienzan su mañana de charlas, cervezas y tabaco, a veces “con tropezones”. Cuenta que él siempre trabajó como pintor de coches en el taller de Toyota en Navarra. Hasta que, debido a sus deudas, Hacienda le quitó su nómina. “Dije que yo no iba a trabajar para que me lo quitasen. Estuve unos años en el paro hasta que pude prejubilarme”. Ya se había divorciado de su mujer, madre de sus dos hijos, un año antes, así que estaba solo, lo que le permitía ir a dónde quisiera. Su fuente de ingresos hoy día consiste en camperizar coches



**“Las sustancias han ocasionado la mayoría de mis problemas. Pero tampoco me arrepiento porque si no hubiera llevado esta vida, no sería el que soy, y ahora me considero una persona grande”**

José María Arnaiz

y en la prejubilación. Desde ese año estuvo durmiendo y pasando todo el día en los Jardines de la Taconera, dónde todavía duerme, pero desde 2021 pasa su tiempo en la Plaza de la Cruz. “Es un sitio que me encanta por la cantidad de árboles que hay”.

Cuando llega la hora de comer tienen que buscar a alguien que les invite. “Tengo un par de sitios a los que voy y gente que por lo menos me ofrece un pintxo”. Jose María sabe que es difícil que le inviten a un menú, pero espera que al menos pueda llevarse algo a la boca. Es miércoles, por lo que Maena y Javier no están repartiendo bocadillos.

Le encanta la quietud de la plaza. “Yo lo que buscaba era paz, tranquilidad, y gente conocida con la que hablar. Como él”, dice, mientras señala a Jorge. Pero él, al ser más joven, puede causar alguna molestia más para los vecinos. “Ya has visto cómo se comporta. No es que sea su guardián ni su padre, pero sí estoy pendiente y poniendo límites”.

José María no cree que su situación pueda mejorar. “Yo voy a seguir viniendo. Mi vida no va a cambiar porque yo, ahora mismo, por cómo está el sistema, estoy durmiendo en la calle”. Lo único que sí pide es un techo, pero no es fácil. “La mayoría de los pisos los tienen africanos y suramericanos. Los tienen tomados. Están poniendo unos precios inaccesibles. La habitación más barata son 350 o 380 con 2 meses de fianza”.

**Es creyente y ayuda en la parroquia**

Llegan las siete de la tarde, y José María se va a la parroquia de San Miguel. Se levanta, coge el cartón sobre el que se sienta para marcar su banco y lo esconde debajo de unos contenedores. Lo usará mañana de nuevo. Es creyente y ayuda de manera voluntaria a la parroquia en lo que necesiten. Doblar panfletos, recoger trastos, salir a recados... Le gusta invertir su tiempo ayudando. Cuenta que ese mismo fin de semana hizo un retiro espiritual con Jorge. “No suelo pedir mucho a Dios, pero le pedí encontrar una habitación”. Tras acabar en la parroquia, sobre las nueve de la noche, vuelve a la Taconera a dormir.

Frente a la mayoría de quejas, algunos vecinos no se muestran tan incómodos por la situación. “A mí, nunca me han molestado”, afirma un residente del barrio. Explica que “son siempre los mismos, van a su bola y rara vez incordian a los demás”. Varios testimonios de habitantes del barrio también concuerdan y opinan que son un grupo reducido que no estorba, y que cada vez hay menos. “Ahora son cuatro borrachitos y ya está”, coincide una residente de la calle Sangüesa.

Hay menos, pero los sin techo de la Plaza de la Cruz no se hacen humo. Mikel, tras protagonizar una pelea alcoholizada, fue detenido, y, esta vez, como le avisó el juez, ha acabado entrando en prisión. Mientras tanto, las oraciones de José María fueron escuchadas. Ha logrado encontrar una habitación asequible en la que ya se encuentra acomodado. Ninguno de los dos dormirá en la calle por un tiempo.



Tres de los 47 árboles que cohabitan en la Plaza de la Cruz. Foto: Malena Cortizo

Las copas de los árboles protegen la Cruz de Constantino Manzana, dejando pasar solo unos pocos rayos de sol. Sus sombras hacen respirable el aire ardiente del verano. Dentro del Segundo Ensanche de Pamplona, la Plaza de la Cruz es un pulmón, un cuadrado verde en medio de los inmuebles de piedra. Los vecinos son formales: “Esta plaza, para nosotros es vida”, observa una de ellos.

El ayuntamiento tiene por proyecto transformarla y construir bajo ella un parking subterráneo de 346 plazas para coches y 45 para motos. Se llevaría a cabo una reurbanización de la Plaza de la Cruz y parte de la calle Sangüesa. Nueve árboles de la acera se arrancarían para ser replantados al borde de la calle Francisco Bergamin, justo en frente. Sin embargo, en la calle Sangüesa se pondrían otros nueve árboles parecidos. Además, la fuente central menguaría de tamaño, pasando a tener forma cuadrada. El proyecto cambiaría de forma radical el aspecto de la plaza.

Muchos vecinos señalan que a la ciudad no le faltan sitios propicios para la construcción de un proyecto como este. En 2008, los vecinos de la Plaza de la Cruz firmaron estar de acuerdo con la construcción de un parking en la avenida Galicia. El proyecto no salió adelante, pero quienes se apuntaron no recibieron ninguna notificación hasta junio de 2023. Se les comunicó que los movimientos para la construcción del parking de la calle Sangüesa se han hecho utilizando sus firmas de hace quince años sin que ellos lo supieran.

Es decir, eran promotores de unas obras para un parking del que no sabían nada.

A pesar de ello, algunas pocas voces se pronuncian a favor del proyecto. Un parking en la zona, no les vendría mal. Las plazas que hay les parecen pocas para acceder al centro de Pamplona. Mercedes, habitante del barrio, cree que “los proyectos que benefician a la ciudad están por encima de los intereses de unos pocos vecinos”.

La mayoría de los interrogados sigue siendo hostil al cambio, sobre todo cuando se trata de tocar la vegetación. “No se puede desplazar a un ser viviente como es un árbol para dar comodidad a algo que contamina”, opina Pedro Angel. Ana, otra vecina, califica al parking de “aberración”, sobre todo cuando se habla de construirlo en una de las zonas más verdes del Segundo Ensanche.

Incluso los que se muestran convencidos por la idea de más sitios para aparcar no se mostrarían a favor del proyecto si se modifica la Plaza de la Cruz. “Si lo van a dejar igual que está, aún... pero si no, sería una pena para los árboles”, comenta una vecina.

Gastar el dinero otorgado al proyecto en mejorar la misma plaza. Es la propuesta de muchos interrogados que no quieren ver desaparecer el rincón verde del barrio. Antes que más aparcamientos, los vecinos desean preservar los 47 árboles de la Plaza y aprovechar el espacio para disfrutar de la naturaleza en medio de la ciudad.

# Del verde al gris

Vecinos y paseantes se expresan sobre el proyecto del parking subterráneo en la calle Sangüesa. Entre opiniones favorables y hostiles, los 47 árboles que pueblan la Plaza de la Cruz están en el centro de las discusiones

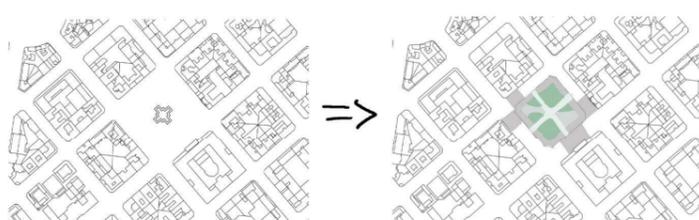
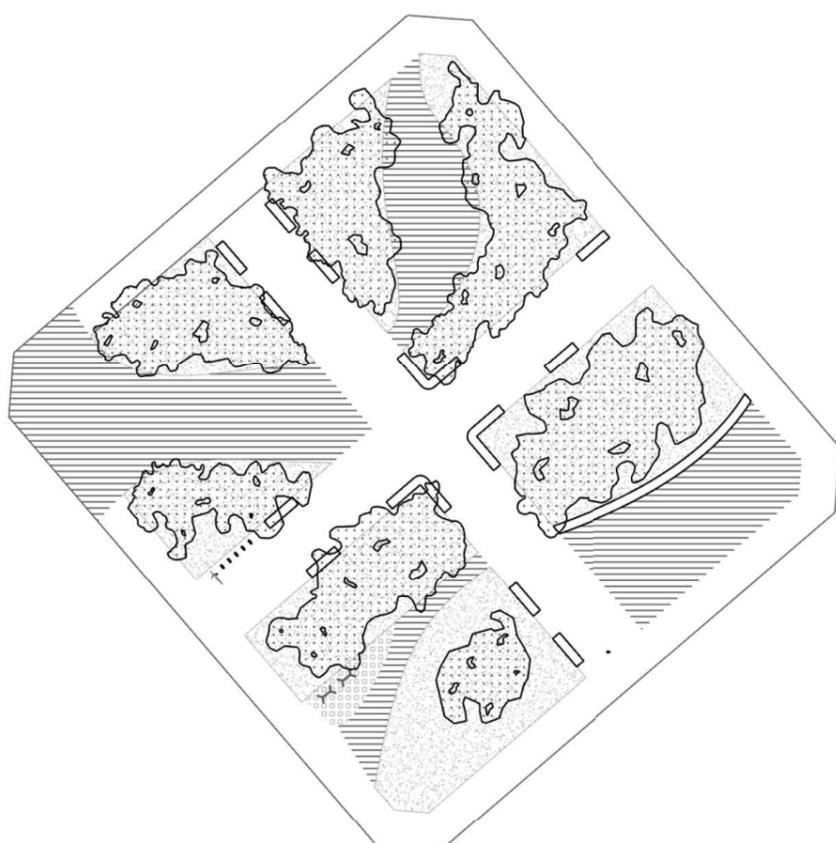
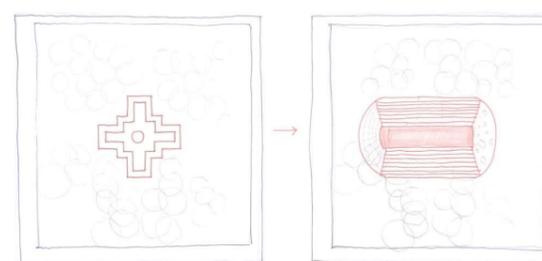
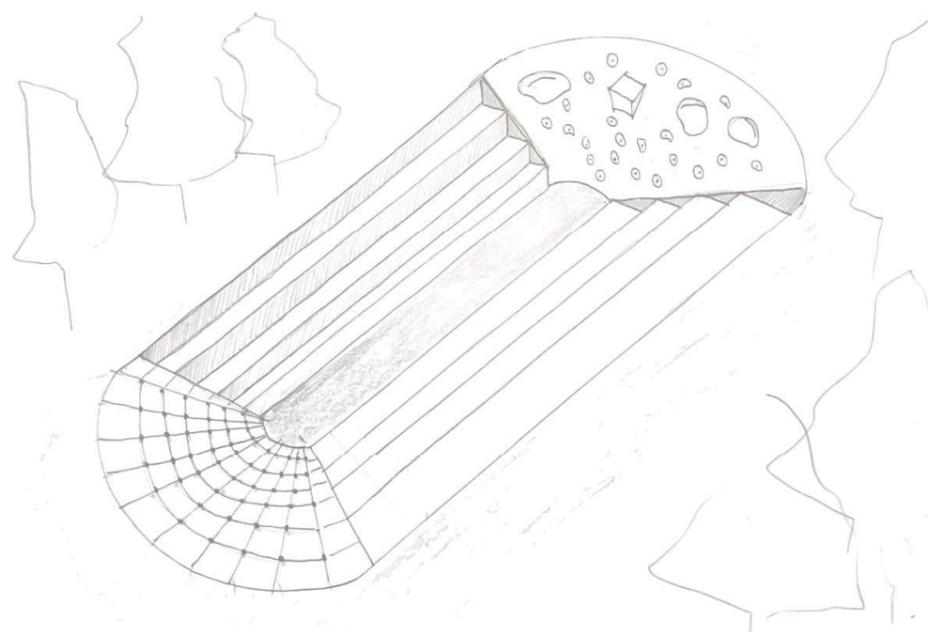
NAIARA SAN MARTÍN, MALENA CORTIZO  
Y RAFAEL SALAS

## ¿Qué se podría hacer para mejorar la Plaza de la Cruz y preservar la vegetación y el espacio? Las propuestas de dos estudiantes de Arquitectura de la Unversidad de Navarra

### Ángela Mongay, 20 años (Pamplona) Tercero de Arquitectura

Su principal objetivo a la hora de rediseñar la Plaza de la Cruz es poder aprovechar todo el espacio posible, sobre todo de los lados. Tampoco quería que se echasen a perder o que se talaran los árboles, por lo que una condición primordial era que no fuera muy invasivo.

Con esas dos premisas, se le ocurrió hacer un rectángulo, donde actualmente está la cruz con unas escaleras a los lados por donde acceder, además de servir como banco para charlar, estar sentado e incluso hacer deporte subiendo y bajando. Una estructura que podía recordar al anfiteatro, pero que también consistiera en una zona atractiva para que vaya más gente con un área de juego para los más pequeños con una tela de araña como parque y un sitio donde escalar.



### José Alejandro Molina, 21 años (Bogotá) Cuarto de Arquitectura

Muy a su pesar, el estudiante decidió quitar la estatua de Constantino Manzana y la fuente central. Según él, es la mejor manera de reestructurar el espacio. Sigue representada simbólicamente por la cruz en el pavimento.

« He distribuído los espacios en función de lo que hay alrededor », explica el estudiante. « Por eso donde está el instituto hay mucho más pavimento », invitando a los alumnos a acercarse a la plaza.

Un camino cortaría la plaza por la diagonal. Para el autor del proyecto, « un paso en diagonal procura que el tránsito sea mayor y evita que se concentre gente en las esquinas ».

Según José Alejandro, «La idea es que la mayoría de bancos estén presentes en la cruz misma para que la gente que pasee se siente ahí naturalmente en vez de rodearla ».

La plaza sigue llena de verde, ya que es una de las zonas con más vegetación del Segundo Ensanche. En la parte sur, se alzaría un parque infantil y sitios para colocar bicicletas.

